



Cuando Hernán Cortés llegó a tierras de México, encontró en Tenochtitlán una tribu dócil de hombres, cuyo espíritu parecía haber sido modelado por la influencia del paisaje. A los componentes de esta tribu, los españoles los llamaron «tarascos», palabra resultante de la corrupción de «taracue», muy repetida por los indígenas cuando les entregaban a sus hijas o hermanas por mujeres, y que, vertida al castellano, significa yerno o cuñado. Pero su verdadero nombre es el de «purépecha», palabra con la que se designa al individuo que es originario de un lugar. Con este nombre parece que querían dar a entender que su tribu encontraba su origen en aquellas mismas tierras. Lo más probable es que, en épocas remotísimas, los primeros purépechas, en uno de los movimientos migratorios comunes a los pueblos primitivos, llegaron a la región y, atraídos por su belleza y recursos, decidieron establecer en ella su asiento.



Los tarascos se sometieron a Cortés de buen grado y sin lucha. Parecía que aquella tribu soñadora no era capaz de tomar las armas. Pero, para desgracia de la naciente Nueva España, fué Presidente de la Primera Audiencia Nuño de Guzmán, y quiso extender a Michoacán sus tropelías. Se rebelaron entonces los tarascos y presentaron fuertes batallas contra los españoles. Es que los tarascos siempre estaban dispuestos a no ser sometidos a esclavitud. Buena prueba de ello habían dado ya cuando su rey Tzintzicpandácuare derrotó al invencible monarca azteca Axayácatl. Y cuando Zangua venció al no menos poderoso azteca Moctezuma, se había sometido voluntariamente a Cortés al impulso de la superstición, que le hacía creer en la imposibilidad de defenderse contra los «hombres blancos y barbados» que las profecías indígenas anunciaban. Y, sobre todo, al darse cuenta del trato, que el conquistador estaba dispuesto a darles.



## LOS INDIOS TARASCOS DE MÉJICO

La desconfianza hizo presa en ellos, y, aun después de retirado Nuño de Guzmán para ser juzgado por sus tropelías, se negaban los tarascos a volver a la vida civilizada. Fué preciso que D. Vasco de Quiroga llegase a la región y plantase en ella el símbolo universalizador de la cultura hispánica. D. Vasco, «Tata Vasco», como le llaman aún los indígenas de la región, sin acompañamiento ninguno, recorrió los más escarpados montes, atrayendo con su palabra y su ejemplo, con su bondad sin límites, a los sublevados purépechas, uniéndolos en torno de la Cruz. Su celo infatigable construyó—entre tribus no plenamente pacificadas, con artesanos no acostumbrados a aquella clase de trabajos—, con rapidez que maravilla, templos grandiosos que servían no sólo para la difusión de la Buena Nueva y para la práctica de los ritos religiosos, sino también para impartir todo género de conocimientos a los indígenas.



Volvieron a la vida pacífica los tarascos. Así nació la ciudad de Patzcuaro, nombre que significa para unos «lugar de piedras llamadas «petátzecu», propias para asiento de cúes o adoratorios»; para otros, «lagunas», y para otros, «lugar de alegría». Así nacieron tantos otros, cuyos nombres lo mismo se encontraron en la sonoridad del idioma tarasco que en la robusta agilidad del castellano: Erongaricuaro—«lugar de atalaya», Uricho—«lugar de artesanos», Arocufín—«ladera», Tocuaro—«hacha de piedra», San Bartolo y San Pedro Pareo—«nopales», Aranjuez. Así también este poblado en la isla de la región, se encuentra formado por casas de rojos tejados. Hay quien hace notar la similitud de estos poblados con los de la región de Madrigal de las Altas Torres, en España, de donde era originario D. Vasco de Quiroga.



Muchas de las ocupaciones de los habitantes de la región constituyen verdaderas industrias familiares. Entre ellas se destaca la confección de «curiosidades» que hoy forman atractivos para el turista, y la pesca. Para ésta cuentan los naturales con canoas de madera hechas de una sola pieza. Las redes de que se valen son de diferentes formas y tamaños. Desde «el chinchorro», gran red circular, hasta «la varuqua», pequeña y en forma de cuchara, que puede ser manejada por un solo hombre, pasando por la «cheñimecua», red mediana y recta. En la confección de ellas, para la cual se emplea hilaza de algodón, que ha sustituido a la pita oaxaqueña, colabora toda la familia, y aun hay ocasiones en que se precisa el concurso de varias familias. Así es como el tarasco busca su exiguo mantenimiento—pues, al igual que todas las tribus indígenas, es muy frugal—desde la época en que «Tata Vasco» le condujo a la vida civilizada.



Los núcleos indígenas tarascos pasean con sus típicas vestiduras por las ciudades, lo mismo cuando van a vender sus productos, cuando concurren a una fiesta o cuando tienen que arreglar en las oficinas gubernamentales algún negocio. Sin embargo, sus vestiduras más se acercan a las que les fijaron los primeros conquistadores que a las antiguamente usadas por ellos. El hombre abandonó sus antiguas prendas, adoptando, desde luego de buen grado, el uso del sombrero y del caballo, que en la actualidad considera indispensables. La mujer ha puesto pliegues a la falda de su antigua «sirítacua» o enagua. El viejo «huanengo» ha evolucionado hasta convertirse en una verdadera camisa, en la cual se mantienen, no obstante, los vistosos bordados, de intenso colorido, muy de acuerdo con los gustos de la raza.

(Colaboraciones AMUNCO. Fotos de Montero Torres. Texto de Miguel Castro Ruiz.)